

LA HERIDA QUE NO CIERRA: TERRITORIO, MEMORIA, Y DESAPARICIÓN

Antes de leer esta edición, es menester que el lector tenga presente cuáles son las principales temáticas que serán abordadas por los relatos. Con esto en mente, la revista Pensamiento Humanista tiene muy claro que reducir estos temas y sus problemáticas a la racionalidad y la filosofía abstracta volvería a la población de La Sierra en meros objetos de estudio. Esta no es la forma en la que deseamos operar, ya que en Pensamiento Humanista sabemos muy bien que la filosofía es, antes que un ejercicio racional, un ejercicio humano.

Sin embargo, no buscamos caer en la falsa dicotomía de sensibilidad-racionalidad, por el contrario, apuntamos a hacer un uso apropiado de la filosofía, sirviéndonos de esta para expandir y profundizar en estos fenómenos que nos permean y constituyen como personas. Siendo así, este apartado tiene como función hacer un abordaje teórico previo de cuatro temáticas principales de la presente edición; de esta manera buscamos darle al lector unas bases más amplias para que reflexione sobre lo que ésta busca transmitir.



Territorio

En primer lugar, vamos a adentrarnos en el concepto de territorio, que suele ser relegado meramente a un espacio material o político, pero que en realidad va más allá de esto. En el capítulo segundo de su obra, *Ser y Tiempo*¹⁶, Martin Heidegger indaga en las características ontológicas del mundo para construir una idea o concepto de mundaneidad. Es importante recordar que en Heidegger el mundo no es igual al planeta tierra: mientras que la tierra es el planeta de la vía láctea en el que habitamos, el mundo es este horizonte de significación compuesto por los campos lingüísticos, históricos y experienciales en los que el ser se mueve.

Esto es precisamente lo que nos permite gozar como humanos del modo de ser del Dasein¹⁷, el ser que está siendo ahí. A la hora de desmenuzar esta oración llegamos a lo siguiente: cuando se dice que el ser está siendo, se habla de una forma del ser que conlleva el comprender o pensar su propio ser de una u otra manera; del mismo modo, cuando Heidegger dice que ese ser está siendo ahí, le está asignando una estructura ontológica, este ser que está siendo ahí es un ser particular, se remueve la universalidad para situarlo en un mundo concreto, es decir, se mundaniza.

Dentro de estas cualidades ontológicas que hacen el Dasein, se encuentra la de estar-en. De la misma manera que se hace la distinción entre

16. Martin Heidegger, *Ser y tiempo*, trad. Jorge Eduardo Rivera (Santiago de Chile: Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS, 1997).

17. "El Dasein tiene, más bien, en virtud de un modo de ser que le es propio, la tendencia a comprender su ser desde aquel ente con el que esencial, constante e inmediatamente se relaciona en su comportamiento, vale decir, desde el mundo". Sobre esto: Heidegger, *Ser y tiempo*, 26.



La herida que no cierra

tierra y mundo, Heidegger hace una diferenciación entre la característica espacial material de estar-ahí en un espacio y la característica existencial comprensiva de estar-en un mundo. No es lo mismo el agua que está ahí, en el vaso, ni el vaso que está ahí, sobre la mesa, que la persona que está en el mundo. Mientras los objetos simplemente están, el ser humano habita, vive y se familiariza con su entorno. Por eso, no es un ente que solo ocupa un lugar en la tierra, sino un ser que se mueve dentro de un mundo que le es significativo.

Este estar-en el mundo, además de estar-ahí en la tierra, es la base filosófica y conceptual que buscamos exponer al lector, pues nos permite diferenciar entre un mero pedazo de tierra y un territorio. Esta noción de territorio como un mundo construido por los individuos es precisamente la base, o plano, que permite la construcción de una comunidad, de un grupo o colectivo social que habita, vive y comprende no sólo la tierra, sino el mundo erguido sobre esta. Ya con una comunidad que construye y comparte un mundo, se puede hablar de la posibilidad de una interpretación sobre este y, por ende, de la construcción de una identidad.

Memoria

Si se ha leído la nota editorial dedicada a la relación entre esta edición y el Foro de Memoria y Derechos Humanos de La Sierra, se podrá reconocer con facilidad la importancia temática que la memoria tiene dentro de este proyecto. Debido a la amplitud de un tema como este, se decidió enfocar su estudio hacia el papel de la memoria colectiva en la interpretación, y consecuente representación en la historia e identidad de la comunidad.

La herida que no cierra



En el capítulo 3. Memoria personal, memoria colectiva del libro *La memoria, la historia y el olvido*¹⁸, Paul Ricoeur se lanza a la empresa de estudiar y poner en tela de juicio la tradición de la memoria como una acción o facultad personal, privada y subordinada a la imaginación. Dándole, de esta manera, una importancia crucial al concepto de memoria colectiva. Para esto, se sirve del autor Maurice Halbwachs y su libro *La memoria colectiva*, en donde argumenta que, contrario a lo teorizado hasta ahora, no es la memoria personal la que posibilita una memoria colectiva, sino la memoria colectiva la que hace posible la memoria individual¹⁹.

La conclusión primordial que extrae Ricoeur de Halbwachs, es que el proceso mnemónico, el acto de recordar, nunca es individual, ya que este siempre opera desde un marco que se construye en sociedad. O, dicho de otro modo, las representaciones colectivas constituyen la base desde la cual se explican las memorias personales, junto a sus lógicas propias de una determinada visión de mundo.

Esta afirmación la sostiene Halbwachs, según Ricoeur, cuando argumenta que, para poder recordar, o en el camino de la rememoración, se nos presentan los otros, y en ese encuentro atravesamos la memoria de estos otros. El ejemplo clave de Ricoeur son los recuerdos comunes, que están inherentemente ligados a otros y a lugares en común, precisamente porque se alimentan de las reconstrucciones de los otros, o en palabras del propio Ricoeur “accedemos así a acontecimientos reconstruidos para nosotros por otros distintos de nosotros”²⁰.

18. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, trad. Agustín Neira (Madrid: Editorial Trotta, 2003).

19. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, 158.

20. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, 159.



La herida que no cierra

Es gracias a esto que Ricoeur habla de recuerdos que tenemos en cuanto somos partícipes de un colectivo, de un grupo. Lo característico de estos recuerdos es que conllevan un desplazamiento del punto de vista individual. En el camino del recuerdo nos movemos de grupo en grupo, de lugar en lugar, “reconocer a un amigo en un retrato es situarse de nuevo en los ambientes en los que lo vimos”²¹.

Este desplazamiento que emprendemos a la hora de recordar es lo que constituye el marco donde se puede hablar de una memoria personal. Muchos de los recuerdos que conllevan gran importancia y que consideramos esenciales en nuestra formación como individuos, por ejemplo, los de la infancia, toman lugar en espacios socialmente densos. Ya sea en una casa con alto flujo de familiares, en una guardería o colegio donde nos encontramos con nuestros compañeros, estos lugares y sus participantes forman el marco donde se da la memoria, ya sea el marco familiar o el marco escolar.

Hablar de un marco donde se producen nuestros recuerdos es aquello que lleva a Halbwachs y a Ricoeur a descartar la idea de que nuestras formas de recordar, e incluso de pensar, se dan de forma espontánea, en solitario. Es gracias a las coincidencias que encontramos entre nosotros, y a una realidad que nos excede, otorgada por los otros, que podemos interpretar el mundo y reconocer una identidad, tanto propia como colectiva.

Otro autor que también leyó con detenimiento a Halbwachs es Pierre Nora, quien explora puntos similares a los que recién vimos con Ricoeur, pero añadiendo ciertos matices. Nora plantea que nos encontramos en un momento bisagra, en el que vemos una ruptura

21. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, 160.



con el pasado que produce un desgarramiento en la memoria, lo que genera la necesidad de una encarnación de la memoria.

Cuando la historia no reconoce, reconoce a medias o, mediante su racionalización arranca, deforma o cuantifica un recuerdo, la memoria corre en búsqueda de un polo a tierra, de una forma de anclarse en este mundo y esto es lo que Nora denomina lugares de memoria²².

Al igual que Ricoeur, Nora argumenta en contra de una memoria que funciona con base en la espontaneidad, en cambio la memoria (sobre todo en esta época donde se encuentra desgarrada) funciona gracias a su ritualización junto al otro. De aquí la necesidad de actas, archivos, aniversarios, conmemoraciones y lamentos. Si la memoria no es espontánea, estas operaciones no serán pues naturales dentro del proceso mnemónico. La palabra ritualización es clave, ya que nos permite pensar que estos lugares de memoria no son necesariamente un espacio, sino que también son todo aquello que nos permita anclar y condensar la memoria en el mundo, y eso incluye objetos, símbolos o incluso eventos.

El lector puede haber notado que estas operaciones cargan lo residual de la memoria, mas nunca la memoria o el recuerdo en sí. Por esto, los lugares a los que se pueden vincular estos procedimientos no llevan un sentimiento vivo, sino que "los lugares de memoria son, ante todo, restos"²³. Esto es importante porque entendemos que la memoria no se sostiene por sí misma, sino que necesita estos lugares, estas huellas, no solo para poder mantenerse, sino también para hacerse reconocible.

22. Pierre Nora, *Los lugares de la memoria*, trad. Laura Masello (Montevideo: Ediciones Trilce, 2008).

23. Pierre Nora, *Los lugares de la memoria*, 24.



La herida que no cierra

Podemos hablar de que estos lugares hacen la memoria reconocible en tanto que son seleccionados cuidadosamente, lo que implica que transforman y ordenan el recuerdo de forma específica y premeditada. En comunidad se decide el qué y el cómo ha de ser representada la memoria, estos lugares no se dedican a mostrar el recuerdo tal como fue, sino como una comunidad necesita recordarlo. Estar inscrito en las narrativas y lógicas que premeditaron la construcción de un lugar de memoria es lo que permite reconocer la propia memoria y el recuerdo.

La última consecuencia que extraemos de Nora es la importancia que tienen estos lugares de memoria. Al concentrar narrativas compartidas y ofrecer continuidad a la desgarrada memoria se crea una red de símbolos compartidos, espacios significativos y narrativas reconocibles, que forman el núcleo de una comunidad. Por eso, hacer parte de una comunidad es experimentar sus lugares de memoria, habitar un lugar (un territorio) tiene una dimensión mucho más simbólica que material.

Desaparición

Una de las razones por las que nos extendemos al hablar de la memoria es que comprender las condiciones que la hacen posible, así como los medios que utiliza, resulta fundamental para entender el impacto que tiene en ella la desaparición de un miembro de la comunidad.

En primer lugar, hablamos del factor de reconocimiento que acompaña al proceso de la memoria. Recordar es reconocer. La memoria necesita apoyarse en los otros, en espacios y en símbolos, al reconocer busca una coincidencia, la afirmación objetiva externa de que



efectivamente algo ha ocurrido. Siendo así, la desaparición rompe estas condiciones del reconocimiento, ya que se le arranca a la memoria ese agente externo, al otro que puede ser reconocido. Esto no solo lleva a un desgarramiento aún mayor de la memoria, sino que también rompe la red de interpretaciones y por ende la identidad que se forma de una comunidad. Una desaparición es así, un arrebató a la memoria, un arrebató a la identidad de una comunidad.

La memoria se consolida a través de narrativas: en el seno de la comunidad, los recuerdos se organizan y adquieren una lógica. La memoria no trata los hechos en sí mismos, los dota de sentido, los convierte en recuerdos en cuanto les da una secuencia, los narra y así los hace comprensibles a través del relato. La desaparición nuevamente elimina esta posibilidad y eso puede ser lo más doloroso del caso. Una desaparición erradica cualquier tipo de respuesta. No hay cierre, no hay final verificable. Se crea un vacío en la memoria porque el acontecimiento no tiene conclusión. El recuerdo queda suspendido en la indeterminación, al punto de que el tiempo mismo pierde su capacidad de clausura²⁴.

El autor colombiano Alfredo Molano, en su obra *Desterrados: crónicas del desarraigo*, si bien no tiene la problemática de la desaparición como tema central, recoge testimonios que permiten reconocer lo que hemos desarrollado hasta ahora: un hecho forzado y violento, no como concepto, sino como un habla quebrada, como historias y recuerdos que se interrumpen, volviendo sobre sí mismos sin nunca encontrar una conclusión.

24. El lector también puede indagar en otras consecuencias de la memoria y narrativas en: Ricoeur, "2. El olvido y la memoria manipulada", en *La memoria, la historia y el olvido*.



La herida que no cierra

En estas crónicas no se trata la desaparición como acontecimiento, sino como ausencia continua, “en el pueblo todo era desconcierto y miedo, un miedo que enmudece y no deja mirar a los ojos, que no deja hablar”²⁵. En el libro vemos cómo, ante esta ausencia, no se reconstruye el recuerdo, se rompe la narrativa y se pierde en una dispersión de escenas y heridas abiertas sin pronta sutura.

En este punto vale la pena hacer un pequeño inciso sobre algo que el lector pudo haber notado, y es que una de las problemáticas de esta dispersión es la fragmentación del recuerdo, de la memoria y por ende de la identidad dentro de la comunidad y su territorio. Ricoeur menciona esto brevemente al hablar de cómo una memoria afectada y manipulada puede ser fácilmente susceptible a una intervención ideológica, pero también “muestra fracturas creadas por la controversia misma”²⁶.

Esto tiene peso, ya que vemos otra dimensión más de lo que genera la violencia y la desaparición. Cuando ya no se puede articular una identidad continua, emergen formas dispersas, multitud de relatos que no alcanzan a reunirse en una sola figura. Allí donde la memoria ya no puede organizar una identidad, la comunidad se difumina, el territorio, los lugares de memoria y las operaciones simbólicas necesarias para esta identidad pierden su continuidad. Se pasa de un lugar de pertenencia a una superficie marcada por ausencias y vacíos, siendo así, la fragmentación de la memoria no solo rompe la narración de la comunidad, la dispersa, difumina las coordenadas desde las cuales se podía situar en el mundo para así comprenderlo.

25. Alfredo Molano, *Desterrados: crónicas del desarraigo*, (Bogotá D. C: El Áncora Editores, 2001), 53.

26. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, 584.



En este sentido, la desaparición no constituye sólo una forma de violencia en los individuos y sus cuerpos, sino sobre toda una comunidad y su identidad. Esta violencia altera, tuerce y desarraiga la memoria; mientras esta exige reconocimiento y narración, la desaparición la anula, la desgarrar y deja en su lugar silencio e incertidumbre. Esto implica que la relación entre la memoria y el olvido se difumina, no se trata de algo que se desvanezca con el tiempo, se trata de algo irrecuperable, que no se puede fijar en el recuerdo.

Sin embargo, Molano nos deja una conclusión vital para pensar la presente edición, y es que, a pesar de lo irrecuperable, de la ausencia que se vive tras la desaparición, las voces que emergen y cuentan estos relatos no se pierden. Sin importar que estas voces no resuelvan la fractura de la desaparición, hablan desde ella, gritan en un gesto de resistencia, gritan en el inextinguible dolor que se da entre la imposibilidad de una narrativa en la memoria, y la necesidad de seguir nombrando y recordando sin cesar. Esta resistencia no restituye la memoria y su orden, pero impide su disolución, no cierra la herida, pero se niega rotundamente a dejarla desaparecer. “Hemos resuelto dejar de huir, decidimos resistir. Sin armas, sin sed de venganza, pero sin perder lo que nos une a todos, que es esta tierra que entre todos trabajamos y entre todos hicimos. ... El brazo nos lo cortan, pero no lo daremos a torcer”²⁷.

- Juan Andrés Ramírez Bustamante

27. Alfredo Molano, *Desterrados: crónicas del desarraigo*, 71.



Nombre del autor: Anónimo
Título de la obra: *Among the corn*
Año: 1875
Obtenido de: oldbookillustrations